

Ensayo laberinto

Ana Clavel

Para Liliana Weinberg, que conoce tanto de estos asedios-laberintos

I. ENSAYAR EL ENSAYO

Me gustaría iniciar este ensayo sobre el ensayo aludiendo a su naturaleza arbórea, peripatética, deambulatoria. Si bien se le compara con la aventura y el viaje intelectuales, metáforas ciertas pero que a mi entender globalizan el proceso, me seduce del ensayo sobre todo su peregrinaje incierto —o aparentemente incierto—, su “sublime arte de andarse por las ramas”. Como si desde Montaigne, la buena voluntad para asumir heroicamente la sutil tarea de dilucidar sobre un asunto, por un lado; y el punto de partida de la experiencia personal, por el otro, fueran los verdaderos amuletos para adentrarse en el laberinto de esta empresa que mucho tiene de intelectual y de poética. No en balde los románticos tildaron al ensayo de “poema intelectual”. Y sí, hay una intuición azarosa que guía los pasos del ensayista, una inspiración que conjunta operaciones inconscientes e irracionales para ponerlas al servicio de ese minotauro de la razón: develar un contrasentido, dar con la clave de una contradicción que iluminará, así sea momentáneamente, el espacio en tinieblas acechantes de nuestra existencia.

Mucho se atiende a la importancia del hilo de Ariadna en la estrategia de caminar por un laberinto. Se olvida que el hilo sólo permitía la salida y el escape. Dar con la bestia ensoñada después de discurrir, perderse, encontrarse es un proceso azaroso en el que sólo puede guiarnos una luz interior: la del deseo. Por eso es que entre todos los otros géneros de la prosa, el ensayo me parece el más amoroso, por cuanto todos sus intentos, acercamientos, devaneos, veleidades, aproximaciones, escarceos, tanteos, mucho recuerdan el asedio erótico.

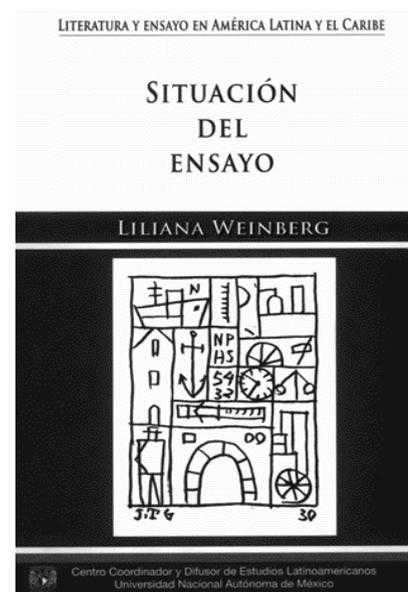
II. UNA SINGULAR PRUEBA DE AMOR

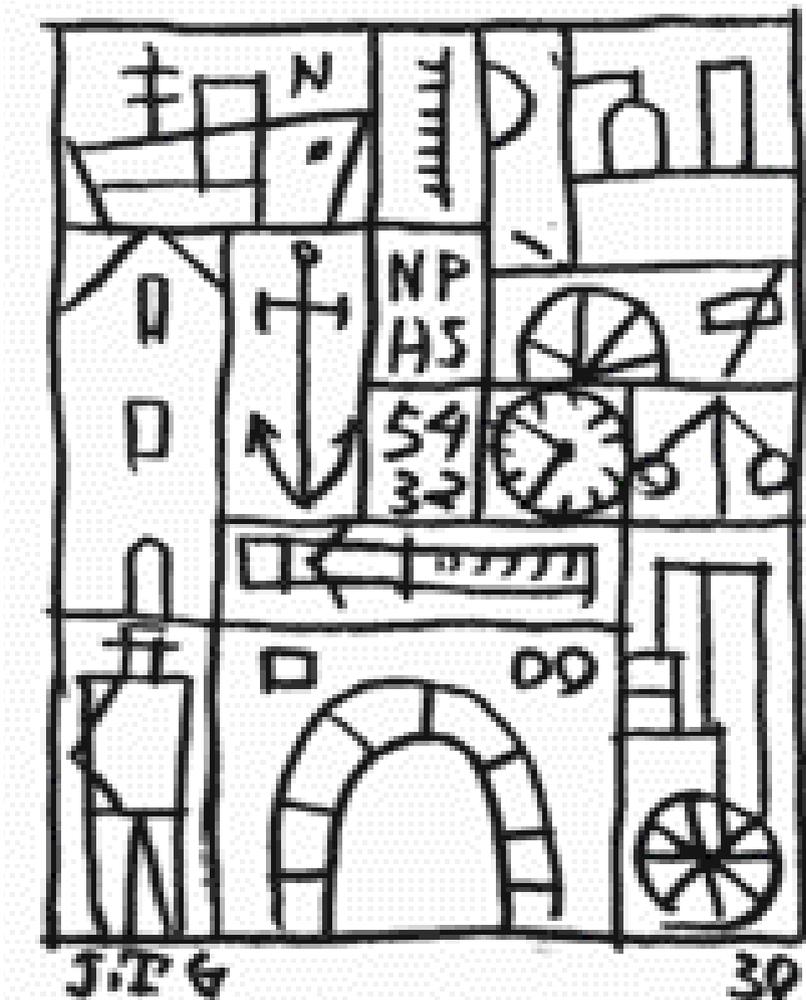
Hace apenas unos días, mientras discurría estas líneas, me topé con una frase que se me ha convertido en eso que Octavio Paz llamaba una “herida resplandeciente”. La encontré en *El placer del texto* de Roland Barthes y dice: “El texto que usted escribe, debe probarme *que me desea*”. Hago hincapié en el hecho de que las cursivas son del propio autor. Porque esas cursivas revelan doblemente la vehemencia del ensayista francés para reafirmar la posición del lector convertido en “Amada”, en sujeto del asedio amoroso. Y ésa es precisamente la posición del lector de ensayo. Porque si bien toda arte narrativa busca lograr la seducción a través de recursos estilísticos, el entramado de la estructura y la historia misma, creo que es en el ensayo donde esa labor se convierte en un batallar en los campos de pluma de la palabra (recuérdese el “a batallas de amor, campos de pluma” de Góngora), que es precisamente el arte de lo literario. Quizás en ningún otro terreno de la prosa se cumple como en el ensayo esa suerte de “mínima” —decir “máxima” sería muy arriesgado en un terreno tan resbaladizo como el que tratamos— que señala Tomás Segovia en “El infierno de la literatura”: el escritor aspira a ser leído él mismo, pues —añadiríamos nosotros— él mismo es su escritura. En la narrativa literaria el escritor de cuento o novela puede disfrazarse de un género u oficio diferente, encarnar a un asesino sin haberse atrevido el propio autor a matar siquiera una mosca. Pero en el ensayo, el sujeto que deambula por los laberintos y las enramadas del pensar, es el que escribe. Ecuación emocional reversible: el que escribe es el que piensa, como apunta Liliana Weinberg en su imprescindible libro *Situación del ensayo*. Y es que en su

calidad de “viaje inmóvil”, de “discurso en plena construcción”, el transcurrir del ensayo sigue “el ritmo interno de las ideas”, convirtiéndose de paso en el acto mismo de la seducción galopante, arbórea, exploratoria. Como si el ensayista llevara en la frente la estrella misma del deseo, la búsqueda, la pulsión. Un deseo, una búsqueda, una pulsión perversos pues su erótica no es la de los cuerpos y los afectos, sino la del intelecto. Tal vez por eso, entre todas las formas de la prosa, sea la del ensayo la que exige amantes más exquisitos y complejos.

III. EL ENSAYO, LABERINTO DEL DESEO

“El texto que usted escribe, debe probarme *que me desea*”. Regreso a esta frase porque la intuición como el centro paradójico de mi laberinto. Toda paradoja encierra una verdad en suspenso, lo que quiere decir que abre un





vacío en el que el juicio se suspende y ante el cual, nosotros, perplejos, no podemos sino preferir un “sí” porque a la par sabemos o intuimos la dimensión de su certeza informe: no por menos racional y altamente ambigua, menos fulgurante y verdadera. En el ensayo el proceso de pensar suele tener las marcas de un asedio, palpables lo mismo en el rigor de las ideas que en esos otros rasgos de libertad, juego y levedad que se encuentran en los mejores ensayos (recuérdese a Calvino y

sus *Seis propuestas para el próximo milenio*, por ejemplo). Pero este asedio del ensayista, este escarceo y exploración poco tienen que ver con los mecanismos de la seducción como estrategias del juego. Desear no es seducir, aunque muchos los confundan. (Después de la “estocada” de Barthes, les he preguntado a varios amigos escritores qué textos los han deseado, y todos, irremediablemente, trastocan el sentido respondiendo sobre los textos que los han seducido). Yo creo que

Barthes habla de otra cosa: de un deseo que se revela en la escritura y que al ser leída, me reclama a mí, lector, como objeto-sujeto de su deseo. ¿Cómo se da este paso del deseo ambulatorio, del requiebro amoroso del ensayo por discurrir sus laberintos propios, sus enramadas y andamiajes casi fractales del pensar para llegar a un blanco siempre móvil en el que ese deseo se ha corrido de lugar y ahora es deseo deliberado que llega a abrazar / abrasar al que lee? ¿Cómo es que, frente a un ensayo de Tomás Segovia, del propio Barthes, del mismísimo Borges, siento que la “prueba de amor” ha sido dada y que ya no necesito que me demuestren que sus textos me desean, sino que tengo la certeza mórbida y exultante de que *me desean*?

La clave me parece que la brinda la propia doctora Weinberg, cuando retomando la acepción del historiador francés Jacques Rancière para las operaciones de la Historia, la aplica al género del ensayo en términos de auténtica paradoja: “el ensayo como poética del pensar”, es decir, el presente mismo del pensar convertido en materia sublime y epifánica. O en otras palabras, la tarea del pensar que produce heridas resplandecientes, fulguraciones, ensoñaciones en la carne del espíritu.

“Poética del pensar”, sí, pero en algunos casos, el asedio al laberinto es tan amoroso, el arte de saltar de rama en rama tan lúcido y sorprendente, una vivacidad de la inteligencia que se precia de unir poesía e intuición a los requiebros del intelecto, que “toca” y asedia al lector, en una poética convertida en verdadera “erótica del pensar”. Y entonces como lectores se nos revela una condición de minotauros enamorados, de bestezuelas amorosamente heridas por el fulgor opaco del conocimiento hecho piel y sombra y carne. **|||**

Liliana Weinberg, *Situación del ensayo*, UNAM, México, 2006, 346 pp.

Tal vez, entre todas las formas de la prosa,
sea la del ensayo la que exige amantes
más exquisitos y complejos.